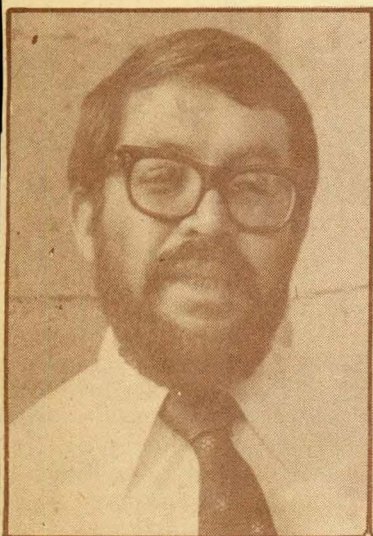


La política de los

14-MARZO/1980

Ex Presidentes

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Entre dimes y diretes, que abaratan nuestra vida política pero cuyo registro público es inevitable porque no hemos de ocultar el sol con un dedo, de nuevo se hizo presente en la escena la inmensa gana de participación cívica que anima al expresidente Luis Echeverría.

Nadie duda que tiene derecho de intervenir en los asuntos políticos nacionales. La circunstancia de haber sido titular del Poder Ejecutivo Federal no inhabilita a quien ocupa tan elevado cargo para continuar en el ejercicio de sus derechos. Sin embargo, esa misma circunstancia debe obligar a matices que es erróneo no tener presentes.

Ningún expresidente se inhibió en las épocas recientes de participar en política, y de trabajar para la administración federal. El licenciado Emilio Portes Gil, además de sus tareas al frente de la Comisión Nacional de Seguros, y de las comisiones diplomáticas que recibió después de ser líder del partido gubernamental y secretario de Estado —todo ello con posterioridad a su breve estancia en la Presidencia—, no dejó de hacer política, si por ello se entiende la toma de posición en torno de asuntos públicos, el apoyo a personas y la afiliación a corrientes determinadas. Aunque no tan rotundamente como su predecesor, puede decirse lo mismo del general Abelardo Rodríguez, si bien éste eligió más claramente la vía de los negocios privados, en la que se había ya iniciado antes de suceder en la primera magistratura al ingeniero Pascual Ortiz Rubio, el cual sí pareció quedar “escamado” tras de su amarga experiencia, en que no soportó durante mucho tiempo ser simple parapeto del Máximo, y se abstuvo de toda participación política, aunque aceptara responsabilidades menores en la administración. Don Manuel Ávila Camacho apenas tuvo tiempo de manifestarse como expresidente, y sucedió lo mismo con don Adolfo López Mateos, que antes de terminarse el sexenio de su sucesor había quedado herido de muerte.

Más notoria ha sido la forma de manifestarse políticamente de don Lázaro Cárdenas y de don Miguel Alemán, cuyas personalidades, así como las corrientes políticas y las fuerzas sociales a las que respondió su actitud respectiva los hacen los más significados entre los mandatarios mexicanos, en el poder y fuera de él. En menor medida, algo semejante puede decirse de don Gustavo Díaz Ordaz, aunque también él sobrevivió menos de una década después de salir de Los Pinos.

No puede dudarse que el expresidente Alemán hace política. La hace de todos tamaños, aunque no de todos los colores, pues es perfectamente conocida su filiación ideológica, patente durante su gobierno y acentuada al correr de los años. Se sabe que sigue siendo determinante en minucias electorales de su comarca natal, que es capaz de influir en otras de mayor magnitud, si bien modula y pondera mucho dónde, cómo y cuándo pone en juego esa influencia, y que encabeza lo que en términos esquemáticos pero no inexactos puede llamarse la corriente derechista de la clase política. Al comienzo de los sesentas, cuando acontecimientos nacionales e internacionales obligaron a una definición mayor que la habitual, no fue para nadie un secreto que el alemanismo se agrupó en el Frente Cívico Mexicano de Afirmación Revolucionaria. En la actualidad, el vasto poder económico propio del expresidente Alemán, y su hábil movilidad al frente de un

Consejo Nacional de Turismo al que él borró en la práctica el carácter y el apellido de “consultivo” con que nació, lo dotan de una presencia política que no porque a veces sea imperceptible deja de ser una realidad.

De modo quizá todavía más intenso el Cárdenas expresidente hizo política. No sólo participó en el gobierno, al influjo de las necesidades planteadas por el ingreso de México en la Segunda Guerra Mundial sino que mucho antes que lo hicieran masivamente el resto de los expresidentes se ocupó de trabajos relacionados con el desarrollo social y económico, en las comisiones del río Tepalcaltepec, primero, y del río Balsas después. Sus indicaciones políticas eran, mientras tanto, esperadas siempre por la amplia cauda de seguidores, contemporáneos suyos o no, que su gallarda conducta política le permitió formar. Se repite a menudo cómo sobre todo en 1946 y 1952 era ansiada su palabra sobre la candidatura del aspirante que de alguna manera continuara la línea mantenida por él durante su gobierno y que iba desdibujándose inequívocamente día con día. De manera simétrica a lo que sucedió al alemanismo, fueron los cardenistas los principales promotores del Movimiento de Liberación Nacional, surgido de la Conferencia por la Emancipación Económica y la Soberanía Política acaudillada personalmente por el expresidente. No sorprendía a nadie, tampoco, que en circunstancias particulares su recomendación abriera puertas de Cámaras, oficinas administrativas y aun palacios de gobierno locales en favor de quienes el general Cárdenas juzgaba dignos de su apoyo, aunque algunos no lo resultaran en la práctica.

Los expresidentes, pues, han hecho política. ¿En razón de qué oscuro prejuicio, entonces, nos asombra y preocupa a algunos la persistencia de los afanes participatorios de Echeverría? No es, como se nota en los párrafos antecedentes, porque en las líneas generales de la historia política reciente haya habido abstinencia de los expresidentes y tampoco es que busquemos disminuirlo en relación con antecesores suyos que sí tuvieron derecho a intervenir.

La preocupación tiene que ver, más bien, con lo que don Daniel Cosío Villegas —que el lunes pasado cumplió 4 años de muerto— llamó el estilo personal de gobernar, y sobre todo con el estilo personal de exgobernar de don Luis.

Echeverría no se ha quedado quieto un instante después de su salida del Poder Ejecutivo. Su intensa actividad internacional, cuando presidente, ha tenido prolongaciones, débiles comparadas con aquéllas, pero quizá igualmente abundantes, lo cual lo mantiene ante las candilejas, que es una de las formas de hacer política. Al parecer, sin embargo, no se contenta con ello, sino que quiere, de manera más vehemente y ostensible de lo aconsejable, tomar parte en decisiones que no le corresponden, o al menos dar la apariencia de que está en posición de participar en ellas. No deja de llamar a funcionarios de la actual administración, muchos de los cuales sirvieron en la que él encabezó, como si el 30 de noviembre de 1976 no hubiera ocurrido aún.

El exceso de su presencia, el no haber tendido una prudente cortina de tiempo entre su presidencia y la reanudación de su actividad política, la forma exuberante de sus andanzas, todo ello es lo que llama la atención del público y preocupa a algunos políticos y observadores. Como lo ha dicho don Paco Martínez de la Vega, en uno de sus textos ya clásicos, los expresidentes no vuelven, pero éste parece que quisiera hacerlo.

La salud de nuestra República, que obviamente no es cabal sino precaria, exige que los expresidentes muestren una sensatez y una mesura en el ejercicio de sus derechos que no exigible a todos los ciudadanos, pero sí a ellos. Eso es todo.